

II

Después del 20 de noviembre, el duque de Broglie hizo lo mismo que había hecho después del 24 de mayo; su política fué igual, si así puede calificarse un sistema que consistía justamente en la ausencia de toda política.

Gobierno de combate, gobierno de orden moral, gobierno de reacción, todos estos nombres fueron dados á su primer ministerio. Al segundo sólo le cuadra un nombre; fué por excelencia el gobierno del equívoco y, por un justo castigo, el único día en que el duque de Broglie habló con una semi franqueza, pidiendo á la Cámara que cumplierse los compromisos que había contraído y organizase un septenio orleanista, estuvo en minoría, con 377 votos contra 381.

El equívoco y la contradicción reinaban en todas partes, en la presidencia, en el ministerio y en la mayoría. En la presidencia, el mariscal, queriendo permanecer fiel á todos los conservadores que lo habían elegido, no podía perseguir y realizar la organización de sus poderes sino dejando de responder á las esperanzas de los que habían votado por él en 20 de noviembre y aceptando el concurso de los que habían votado contra él. En el ministerio, sin hablar de los bonapartistas que hubieran preferido el príncipe imperial á Mac-Mahón, sin hablar tampoco de los miembros de la derecha que hubieran preferido al conde de Chambord, hasta los inventores y los defensores natos del septenio hubieran visto con gusto un «accidente» favorable á cualquiera de los príncipes de la casa de Orleáns. En fin, en la mayoría, en que todas las soluciones, salvo una, la República, tenían partidarios, había 70 legitimistas y bonapartistas, dispuestos todos á hacer defección, y que no esperaban más que una ocasión propicia para derribar lo que, en 20 de noviembre, habían fingido adorar.

Formaron el gabinete del 26 de noviembre el duque de Broglie, en el Interior, con la vicepresidencia del consejo; Octavio Depeyre, en Gracia y Justicia; el duque Decazes, en Negocios extranjeros; Fourtou, en Instrucción pública, Cultos y Bellas Artes; Larcy, en Obras públicas, y Deseilligny en Agricultura y Comercio. Las demás carteras continuaban en manos de los que las desempeñaban desde el 24 de mayo. La nueva combinación resultaba menos caracterizada por la subida de los Sres. Decazes, Depeyre, Fourtou y Larcy al poder, que por la caída de los Sres. Ernoul, La Bouillerie, Batbie y Beulé, sobre todo de los dos primeros. En los círculos parlamentarios, es decir, entre los bastidores del teatro de Versalles, el nombramiento de Depeyre, Decazes, Fourtou y Larcy fué considerado, sin embargo, como significativo. En él se vió la promesa de una organización duradera y estable del gobierno de Mac-Mahón. Esto era andar muy aprisa y atribuir á los nuevos ministros una influencia que no habían de tener, y proyectos que de seguro la mayoría del gabinete no tenía. El duque Decazes, quizá el único que deseó entonces lo que se llamó el septenio impersonal, hubiese querido al mismo tiempo que se reprimesen todas las manifestaciones que se produjeran contra el septenio, tanto si procedían de los monárquicos, como si procedían de los bonapartistas ó de los clericales. Si su colega, el Sr. Depeyre, pensaba como él, el Sr. de Fourtou,

que, en la serie de sus transformaciones había llegado casi al período bonapartista, y el Sr. de Larcy, legitimista transigente, eran de opinión contraria. Los cuatro estuvieron de acuerdo entre sí, y también con el jefe del gabinete y con los ministros de Hacienda, Guerra y Marina, en la lucha emprendida contra los republicanos de todo matiz. Esta lucha, so capa de defensa de los principios sociales, continuó bajo el segundo ministerio Broglie, con tanta vehemencia y con más perfidia que bajo el primero. Como para significar muy bien que no se había firmado la paz, se nombró subsecretario del Interior al Sr. Baragnon, el más agresivo de los diputados, el más antipático á sus colegas de la izquierda, el menos á propósito para conciliar con el gobierno, si no todo el centro izquierdo, al menos sus elementos más moderados. Semejante nombramiento era una verdadera provocación.

El gobierno de combate iba, pues, á continuar y á durar seis meses más, hasta el 16 de mayo de 1874; é iba á vivir en estado de insurrección contra Francia. Era evidente que la mayoría no representaba ya nada; no cabía duda que si los 380 diputados que habían votado el septenio en 26 de noviembre hubiesen tenido que comparecer ante los electores, éstos hubieran eliminado á las nueve décimas partes de ellos, y era en tales condiciones que iban á administrar, ó mejor dicho, hacer violencia á Francia, con una mayoría cuya cohesión sólo era mantenida ocultándole el fin á que se tendía, con un presidente de la República detrás del cual se escudaban en vez de defenderlo y enfrente de un país casi unánimemente hostil. No es, pues, de extrañar que el segundo ministerio Broglie dejase recuerdos aún más tristes que el primero, y que su jefe adquiriese una impopularidad mayor que ningún otro hombre de Estado. Y más que á los liberales sinceros, este régimen funesto perjudicó al centro derecho de la Cámara, al propio partido del duque de Broglie y á las clases llamadas directivas, á quienes alejó para siempre de la dirección política de un gobierno fundado en el sufragio universal. La democracia no toma por consejeros y por guías á los que no han cesado de menospreciarla y combatirla.

El proyecto de ley del Septenio estipulaba que se nombraría en el plazo de tres días y en sesión pública una comisión de treinta miembros, encargada de examinar las leyes constitucionales. La asamblea necesitó ocho días y una docena de escrutinios para dar cumplimiento á la ley de 20 de noviembre. Según la proporción entre los diputados de la izquierda y los de la derecha, correspondían 13 puestos á los primeros y 12 á los segundos en la comisión, y ya se había llegado, penosamente, á la elección del 28.º comisario y aún no resultaban elegidos más que tres de la izquierda, los señores Defaure, Laboulaye y Waddington. En presencia de aquel deliberado propósito de exclusión, la izquierda resolvió abstenerse en masa para impedir que se constituyera la comisión. Alarmado, el centro derecho dió todos sus votos á dos miembros de la izquierda más moderada, que fueron elegidos: Vacherot y Cezanne. La izquierda, tuvo, pues, cinco representantes en la comisión, igual número que los partidarios de la monarquía de la bandera blanca y que los adversarios del «septenio impersonal.»

La primera comisión de los Treinta se había hecho célebre por sus nimiedades. La segunda pareció querer perfeccionar el arte de perder el tiempo. Convirtiéndose en Academia política, en una sección de Ciencias morales, é hizo eruditas investigaciones sobre todas las constituciones conocidas.

Erale imposible á una comisión encargada de estudiar las leyes orgánicas, desecharlas de plano; pero llegó exactamente al mismo resultado por medio de una hábil reglamentación de su orden del día. Declaró que empezaría sus trabajos por la elaboración de un proyecto de ley electoral. Era inútil dar á la ley electoral el carácter constitucional; la comisión lo hizo á fin de tener un pretexto honroso para eliminar las verdaderas leyes orgánicas sobre la segunda Cámara y sobre las atribuciones del poder ejecutivo. El primer golpe contra el septenio lo daban, pues, los que acababan de votarlo por una gran mayoría y que, negándose á organizarlo inmediatamente, mantenían en el gobierno aquel carácter indeterminado y provisional que permitía todos los ataques y alentaba todas las esperanzas monárquicas. No se necesitaba ser profeta para pronosticar que el septenio no sería respetado ni obedecido. El gobierno instituido aquel día iba á ser, durante dos años, por falta de Constitución, un gobierno sin nombre, sin dignidad, sin prestigio, y que ha merecido las justas severidades de la historia, menos por los actos particulares de cada uno de sus miembros, que por su maleficencia general y su vicio de origen.

Antes de estudiar la historia parlamentaria del gabinete de 26 de noviembre, conviene hablar del papel que los Sres. Decazes, Fourtou, Magne y Du Barail desempeñaron en sus respectivos departamentos. El duque Decazes tuvo que proveer tres puestos diplomáticos importantes. Por decreto de 4 de diciembre, el Sr. Chaudordy fué nombrado embajador en Berna, después de la dimisión de Lanfrey; el señor de la Rochefoucauld-Bisaccia, embajador en Londres; el marqués de Noailles, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Roma, cerca de Víctor Manuel, en substitución del Sr. Fournier. Confiar las grandes embajadas á los representantes de la aristocracia, era continuar la tradición de Thiers, tradición contra la cual la izquierda parlamentaria formulaba enérgicas protestas, sobre todo cuando los que iban á representar la República francesa en el extranjero regresaban de Frohsdorf, de donde no habían podido traer al rey.

Los actos del duque Decazes valieron más que su elección de personal. El ministro de Negocios extranjeros ordenó á los oficiales del *Orenoco*, de estación en Civitavecchia, que se abstuviesen de toda visita oficial á Roma, por temor de que se reprodujeran los incidentes del mes de diciembre de 1872, que habían acarreado la dimisión de Bourgoing, embajador de Francia cerca del Padre Santo. Dió pruebas de prudencia en sus relaciones con España, hasta donde se lo permitían sus alianzas políticas en el interior y el concurso necesario de la derecha legitimista. El 2 de enero de 1874, el mismo día de la apertura de las Cortes, la caída de Castelar y el golpe de Estado de Pavía pusieron el poder en manos del general Serrano, preparando la restauración borbónica. El duque Decazes, á quien tales cambios no podían disgustar, no cuidó de quitar á los car-

listas las facilidades de reclutamiento y abastecimiento que encontraban en Francia, ora en los Bajos Pirineos, ora en los Pirineos Orientales. Los jefes del movimiento republicano que la *Numancia* desembarcó en Mers-el-Kebir, en enero de 1874, Contreras, Gálvez y Roque Barcia, y los individuos de la junta revolucionaria de Cartagena, fueron internados; los culpables de crímenes de derecho común fueron entregados á España; pero D. Carlos podía ejercer en Francia su jurisdicción sobre los suyos y mandar á Saballs que se presentase en Perpiñán, para someterse á las correcciones del Infante. Después de la victoria decisiva alcanzada en Bilbao por el general Concha sobre la insurrección, el 3 de mayo



Chesnelong

de 1871, Serrano, lo mismo que Castelar, podía prestar oídos á las proposiciones de alianza venidas de Berlín, ya que no debía gratitud alguna á Francia.

Bismarck lo mismo fijaba su atención en el Madrid republicano que en la Roma real y seguía con inquietud las miradas que la extrema derecha dirigía hacia la Roma pontificia. *La Gaceta de Colonia* decía brutalmente en 15 de enero: «Desde el momento que Francia se identifica con Roma, se convierte en nuestra enemiga jurada.» Francia no se identificaba con la Roma pontificia, pero sus obispos, sus hombres políticos y sus periódicos la comprometían con las insinuaciones y amenazas apenas disimuladas que dirigían contra Italia. El ministro de Negocios extranjeros resumió toda la política exterior de Francia, en la sesión del 24 de enero, á propósito de la interpelación del general Du Temple sobre el nombramiento del marqués de Noailles. Esta política consistía en rodear al papa de un piadoso respeto y mantener en Italia, «tal como las circunstanancias la habían hecho,» relaciones pacíficas y amistosas. El gobierno, en sus relaciones con Italia, como con todas las demás potencias, procuraría el mantenimiento de la paz y se apartaría de toda política de aventuras «que conducirían fatalmente la Francia á alguna debilidad ó á alguna locura.» Era prudente hacer desear median- te la cuestión previa la interpelación del general Du

Temple; pero hubiera sido más acertado y más político no dejar esta interpelación suspendida, durante un mes, sobre la cabeza de la asamblea y activar la instalación del marqués de Noailles en Roma; su presencia cerca del rey de Italia hubiera sido más eficaz, para el mantenimiento ó reanudación de las relaciones cordiales, que una medida de rigor contra la prensa.

El gobierno había suspendido, efectivamente, el día antes de la interpelación del general Du Temple, el periódico de Veillot. *El Universo* había reproducido las pastorales de los obispos de Nimes y de Perigueux y atacado con violencia al rey Víctor Manuel y á los fundadores de la unidad italiana. Al reaparecer, en 20 de marzo, el periódico contenía en la cabecera un breve de calurosas felicitaciones, que Pío IX había dirigido á su director. Todo esto no impidió que la regla política del gobierno francés fuese el reconocimiento de los hechos consumados.

Las relaciones con Alemania se vieron dominadas por la cuestión religiosa y fueron cuenta más bien del ministro de Negocios extranjeros que del ministro de Cultos. Pero hay que mencionar la carta que el conde de Arnim escribió con fecha 21 de abril de 1874 al canónigo Döelinger y que *La Gaceta de Augsburgo* reprodujo el 25: «Si se hubiese podido ahogar en su germen á las plantas popalantes cultivadas por el Concilio de 1870, decía el embajador, no nos veríamos hoy metidos en un atascadero incomprensible, que vuelve á poner en discusión lo que parecía ser, desde hace mucho tiempo, el bien común de la Cristiandad.» Esta carta explica las divergencias de miras entre Bismarck y Arnim sobre la cuestión de las leyes eclesiásticas de Alemania, lo mismo que sobre la cuestión del régimen gubernamental de Francia. A fines de abril el príncipe de Hohenlohe fué nombrado embajador en Francia; apenas llegado, descubrió en los archivos de la embajada lagunas que habían de dar lugar al ruidoso proceso de Arnim.

Fourtou en su triple departamento de Instrucción pública, Bellas Artes y Cultos, por la incertidumbre de sus opiniones, por las variaciones de su doctrina política y por su escepticismo, fué verdaderamente el hombre del septenio, al que había de personificar en el gobierno siguiente. En el ramo de Instrucción pública excedió á Batbie en la persecución contra el personal. Sin hablar de los profesores sacrificados, hubo administradores universitarios, como el rector de la Academia de Burdeos, trasladados y caídos en desgracia, porque su autoridad, su influencia en el profesorado y las simpatías unánimes que encontraban en la opinión aparecían como la más amarga crítica de los actos de un político como el Sr. Pascal. Este prefecto llegó á la Gironda como á país conquistado y se portó allí tan á gusto del gobierno como en la subsecretaría del ministerio del Interior, tanto que no tardó en ser recompensado con la cruz de la Legión de Honor.

En Bellas Artes, Fourtou estuvo tan mal inspirado ó más que en Instrucción pública. Al posesionarse de esta cartera, encontró como director de Bellas Artes á un notable escritor, futuro miembro de la Academia francesa, autor de la *Gramática de las artes del dibujo*. Fourtou no admitía que el primero de los críticos de arte franceses pudiese desempeñar funciones exclusiva-

mente artísticas bajo el septenio, y un decreto del 23 de diciembre de 1873 substituyó á Carlos Blanc por el marqués de Chennevieres, el cual se distinguió por sus fastidiosos informes al ministro. Carlos Blanc ocupó sus ocios en componer *El Arte del adorno y del vestido*, *Los artistas de mi tiempo* y el *Viaje al Alto Egipto*. Su discurso de entrada en la Academia francesa fué un modelo de fluidez y amenidad. La destitución de un hombre como Carlos Blanc pinta á un gobierno.

La cesantía del hermano de Luis Blanc y el restablecimiento de la comisión de examen de las obras dramáticas fueron los dos actos principales de la administración del Sr. de Fourtou, como ministro de Bellas Artes. Esta administración sólo mostró un poco de iniciativa dando un vivo impulso á la construcción del nuevo teatro de la Opera, secundando los esfuerzos de su ilustre arquitecto, Sr. Garnier. El incendio del antiguo edificio de la Opera había ocurrido el 28 de octubre de 1873, y la inauguración del nuevo pudo verificarse el 5 de enero de 1875, bajo el ministerio Cumont.

Los actos de Fourtou, como ministro de Cultos, fueron menos contestables, porque estuvieron subordinados á la política exterior de Francia, cuya dirección no le pertenecía. La encíclica de 21 de noviembre de 1873 había repercutido en Suiza, en Alemania y en Francia. Los obispos franceses no habían dejado de intervenir con pastorales en la lucha á la vez política y religiosa que el canciller había emprendido contra los católicos, desde mayo de 1873; habían dirigido, contra el gobierno y los cesáres alemanes, ataques justificados, pero violentos, é imputaciones ofensivas que podían ocasionar gravísimas complicaciones. Con todos los miramientos necesarios, Fourtou recomendó á los eminentes prelados una apreciación más sana de su papel y les invitó á la obra de pacificación que debía ser objeto de los comunes esfuerzos de todos. Lo más grave, en la situación, eran las razones invocadas por Bismarck y Arnim para intervenir en los asuntos interiores de Francia: el canciller y el embajador habían hecho notar que los obispos franceses podían ser considerados como funcionarios, que sus ataques no habían sido reprimidos y que las pastorales incriminadas se habían publicado impunemente en los periódicos, á pesar de las armas que el Estado de sitio daba al gobierno.

La actitud del episcopado fué más reservada después de la circular del Sr. Fourtou, y se observó que el lenguaje del arzobispo de Cambray, en el acto de recibir la birreta, contrastaba con el de los obispos de Nimes y de Perigueux. La única concesión que hizo el cardenal Regnier á las pasiones de la época consistió en decir que, en el dominio religioso, contribuiría él también al restablecimiento del orden moral. Pero daba, sin duda, á estas palabras otro sentido que Fourtou y sus colegas. La falta del vicepresidente del consejo y del ministro de Relaciones extranjeras estuvo en desautorizar demasiado tarde á los prelados que en tan gran peligro ponían al país. En vez de parecer impuestas, la represión ó la desautorización hubieran debido parecer espontáneas. Sólo así la política exterior hubiera parecido firme y digna, sin bravatas, pero también sin obsesiones. Pero semejante política les estaba vedada á unos ministros que gobernaban con una mayoría de frágil coalición.

La tarea del hábil ministro de Hacienda, Sr. Magne, fué la más pesada, durante el segundo ministerio de Broglie. Los presupuestos de 1874, votados á toda prisa en diciembre de 1875, presentaban un excedente de gastos de 149 millones. Un pequeño recargo sobre las aduanas, las contribuciones indirectas, el registro de la propiedad, los azúcares, los jabones, los aceites y la estearina produjo 79 millones. Los 70 millones necesarios para nivelar los presupuestos se obtuvieron por medio de un derecho de timbre de 50 por 100 sobre los efectos comerciales, un derecho sobre las escrituras extrajudiciales y un impuesto sobre las exequias. Magne encontró terribles impugnadores en los Sres. León Say, Germain y Pouyer-Quertier; pero las proposiciones fueron sancionadas por imponentes mayorías, excepto el impuesto sobre la sal. El ministro no hubiera sobrevivido á la denegación de este impuesto, si no hubiese tenido una indisposición diplomática durante la discusión. Prudente, hasta timorata en materia de innovaciones financieras, la asamblea tuvo el mérito de introducir en los gastos la más estricta economía. A pesar de las cargas de la guerra y á pesar de la crisis que atravesaban los negocios á causa de la inseguridad política, el crédito de Francia se mantuvo á un tipo elevado.

El ministro de la Guerra, que había dado someras explicaciones sobre su presupuesto, usó de la palabra el 27 de marzo en la discusión del proyecto de ley relativo á los nuevos fuertes que se trataba de construir en torno de París. Careció de importancia el breve discurso del general Du Barail, que habló después del general Charetón, de la Comisión, y antes de Thiers, que reaparecía por primera vez en la tribuna. Du Barail se limitó á combatir la opinión del general Changarnier, que encontraba el proyecto demasiado vasto y dispendioso, y declaró atenerse á los dictámenes del Comité de defensa, del comité de fortificaciones y de la comisión que había aprobado el proyecto del gobierno por 25 votos contra 4. Este proyecto rechazaba el *sistema restringido* cuyos inconvenientes había demostrado el general Charetón: Thiers trató de exponer las ventajas de dicho sistema. Empezó por calificarlo de *sistema razonable*; pretendió que con el *sistema extenso* habría necesidad de inmovilizar la mitad del ejército, es decir, 250.000 hombres empleados en guarnición de París, y que lo que convenía no era convertir la capital en el gran campo de batalla de Francia, sino ponerla simplemente al abrigo de un golpe de mano. Según él bastaban 15 ó 20 millones para ejecutar este *sistema razonable* de defensas, mientras que los 60 ó 80 millones que costaría el proyecto opuesto implicarían una gran carga sobre el país y se arbitrarían á costa de obras más útiles que convenía efectuar en la frontera ó sobre la ruta de la invasión. Thiers combatió, por demasiado apartadas, las posiciones de Montlignon, Corneilles, Palaiseau y Saint-Cyr, que el enemigo podía atacar y tomar aisladamente. Mejor sería, sostuvo el orador, ejecutar obras de defensa en Marly, Garches, Sevres y Chatillon, cuya guarnición y víveres sería fácil renovar constantemente; no negaba la utilidad de fortificar Stains, Vaujours y Villeneuve-Saint-Georges. El discurso de Thiers, pronunciado con toda la lozanía de sus mejores tiempos, produjo gran efecto; pero sus argumentos fueron refutados por los especialistas, el general barón de Cha-

beau-Latour, ponente, y el general Charetón, los cuales demostraron que el *sistema extenso* tenía la ventaja de permitir el establecimiento de verdaderos campos atrinchados, y, á pesar de una nueva intervención de Thiers, en que trató la cuestión sobre todo desde el punto de vista financiero, el *sistema extenso* fué aprobado por 386 votos contra 184.

La mayoría se había puesto de parte de los tácticos; quizá había cedido también al deseo de poner una vez más á Thiers en minoría. Además, la opinión del ilustre ex presidente de la República no había sido apoyada más que por el general Changarnier, cuyo discurso, esmaltado de trivialidades que hacían resaltar el énfasis dominante de su fraseología, había resultado muy pobre de argumentos.

En la administración general del ejército, Du Barail no supo ó no quiso prohibir la política á ciertos jefes de cuerpo. Cierto es que el estado de sitio convertía á estos jefes en otros tantos jueces de la prensa y jueces á menudo excesivamente apasionados y violentos. Ninguno lo fué tanto como el general Ducrot. Como el sufragio universal hubiese enviado varios generales republicanos á la Asamblea, Ducrot proclamó el principio de la inelegibilidad de los oficiales en activo y, después de la clausura de la Cámara, había enviado al Sr. Buffet una carta que éste no comunicó á la Asamblea hasta el 29 de noviembre. «En vista de ciertas tendencias que se manifiestan y que pueden tener funestas consecuencias para la disciplina del ejército, decía Ducrot en su carta, creo que ha llegado el momento de afirmar mi principio por medio de un acto y, desde hoy, entiendo consagrarme por completo á los deberes que me impone el mando que se me ha confiado.» El general Ducrot no hizo ya más política en Versalles, pero continuó haciéndola peor en el mando del 8.º cuerpo, en Bourges y en Dijón.

De espíritu más equilibrado, el duque de Aumale no cometió los mismos excesos de reacción en el 7.º cuerpo, pero no supo resistir á la tentación de llamar la atención pública y hacer hablar de su persona y de sus actos. Fallado el proceso de Bazaine, el duque escribió al presidente de la Asamblea para decir que «su dolorosa misión había terminado» y pedir una licencia que le permitiese tomar posesión de su mando.

Otros jefes de cuerpo, como los generales Aurelle de Paladines y Espivent, habían tomado una parte demasiado activa en la lucha de los partidos y en los trastornos civiles, para consagrarse, sin preocupaciones políticas, á la obra de reorganización militar.

A la constitución del gabinete de 26 de noviembre no siguió ningún mensaje del presidente de la República ni declaración alguna del ministerio á la Asamblea, y si el duque de Broglie no hubiese adoptado el proyecto de ley sobre los alcaldes, se hubiera podido ignorar largo tiempo las tendencias de la nueva administración. Al interpellarle sobre la continuación del estado de sitio en 37 departamentos, la izquierda proporciónó al gabinete la ocasión de exponer su política á la Asamblea y al país. La interpelación fué explanada el 4 de diciembre por uno de los diputados más jóvenes y más moderados de la izquierda, por el Sr. Lamy. Este formuló sobre el estado de sitio las observaciones más justas y las quejas más fundadas, que quedaron sin con-

testación. Pasando á la cuestión política, el orador preguntó si el orden peligraba en Francia, si la situación del país requería precauciones especiales y citó una prueba decisiva de la moderación y de la sensatez públicas, diciendo: «Hace diez meses que el actual gobierno está en el poder y Francia lo ha soportado.» Buffet intervino entonces para declarar que los que hubiesen contestado la legitimidad de los acuerdos de la Asamblea hubieran sido facciosos, y la Asamblea prorumpió en aplausos. Lamy no había contestado la legitimidad de los acuerdos de la Asamblea, pero tenía derecho á afirmar que la Francia republicana había tenido mucha paciencia ante las tentativas de restauración monárquica.

Aludiendo á una frase de Beulé, Lamy había criticado sobre todo, en las últimas modificaciones ministeriales, la continuación del duque de Broglie al frente del gabinete, siendo así que este hombre de Estado podía inferir á las libertades públicas los golpes más directos é irreparables. Después del fracaso de la restauración, debió retirarse, para que la responsabilidad ministerial apareciese «en todo su esplendor.»

No hay que buscar, en el discurso del duque de Broglie, una contestación á la parte jurídica de la interpección; él no redargüía nunca los argumentos de sus adversarios; siempre desviaba la cuestión ó huía simplemente de ella; su sistema oratorio consistía en desembarazarse desde luego de su contrincante con un epigrama, para apelar en seguida á los peores sentimientos de la mayoría, á la pasión, al odio, al miedo, y terminar defendiendo, entre elogios desmedidos, al jefe del Estado á quien nadie había dirigido el menor ataque.

Fuera de la Asamblea, en las conversaciones políticas de los reaccionarios, nadie se recata de afirmar que «si el mariscal muriese» renacerían las esperanzas y tendrían campo abierto las tentativas de restauración monárquica. En la tribuna de la Asamblea, ningún miembro del gabinete puede hablar sin poner por las nubes al hombre que es por sí solo todo un gobierno y toda una constitución, y cuya modestia incontestable debía sufrir en presencia de unos elogios demasiado hiperbólicos para ser sinceros.

En su contestación al Sr. Lamy, el ministro del Interior se dignó convenir en que el estado de sitio es un régimen excepcional, pero añadió que este régimen no era invención suya, sino que lo había recibido de manos de sus predecesores, y que él lo mantenía aun después de la evacuación del territorio, porque, retirado el enemigo, había necesidad de defender los principios sociales amenazados por una prensa insensata y grosera. El ministro consagró la mayor parte de su discurso á la lectura de artículos de periódicos que realmente traspasaban los límites de una discusión leal y concienzuda. Pero también los traspasaba el ministro al declarar que las cinco supresiones y las catorce prohibiciones pronunciadas por él en seis meses habían sido motivadas por «un estado verdaderamente excepcional y espantoso de los ánimos.» ¿No calumniaba al país mostrando la autoridad amenazada en sus cimientos, el poder sin defensa contra irreconciliables enemigos, el espíritu público envilecido y las fuentes de la inteligencia envenenadas por la prensa? ¿Qué opinión había de dar de Francia semejante lenguaje? Y ¿qué opinión po-

dían tener los hombres moderados, partidarios de las libertades necesarias, de un gobierno que no consentía en renunciar á las armas excepcionales del estado de sitio, sino con la condición de que la Asamblea le diese en cambio una «legalidad más enérgica,» es decir, la generalización del estado de sitio, haciéndolo extensivo á toda Francia? «Habeis contraído, decía el duque á la Asamblea, el compromiso de instituir un poder que sea una realidad viviente y no la etiqueta impotente de una autoridad nominal.»

Tal era la política de un antiguo miembro de la unión liberal. El septenio, según esta definición y aunque se le armase de «una legalidad más enérgica,» no había de pasar de ser la etiqueta impotente de una autoridad nominal. El vicepresidente del consejo tuvo que escuchar las siguientes palabras de una fulminante réplica de Julio Ferry: «Su declaración no me ha sorprendido. El señor vice presidente del consejo pertenece á una escuela política muy conocida. Es de esos hombres de Estado que se pasan quince años en la oposición pidiendo la libertad y que, una vez en el poder, ya no conocen, ya no piensan, ya no admiran más que la fuerza.» Y añadió Ferry en medio de repetidos aplausos de la izquierda: «Yo digo que Francia está tranquila y que la violencia únicamente reside en vosotros, en vuestros discursos, en vuestros proyectos de ley, en vuestras amenazas, en vuestros terrores.»

Los Sres. Lamy y Julio Ferry propusieron una orden del día concebida en esta moderada forma: «La Asamblea nacional, considerando que el gobierno mantiene sin razón el estado de sitio en un gran número de departamentos, pasa á la orden del día.» Sin embargo, se hallaron 386 diputados contra 260 para adoptar la orden del día pura y simple que tenía la prioridad. La coalición autora del golpe de Estado parlamentario de 24 de mayo subsistía, tratándose de luchar contra la Francia republicana y de asociarse á lo que Julio Ferry llamaba «las palinodias liberales del duque de Broglie.»

Diez días después, consultada en tres departamentos, la Francia respondió á este voto eligiendo á cuatro republicanos por mayorías enormes: Bonnel y Marcou en el Aude, Swiney en Finisterre y Calmón en Sena y Oise. Estas elecciones, como las precedentes, atestiguaban la persistencia de lo que el duque de Broglie llamaba «un estado verdaderamente espantoso de los ánimos.» Para modificar este estado, el gobierno creyó que bastaba cambiar los alcaldes y los tenientes de alcalde, así es que adoptó para sus fines electorales el proyecto de ley de alcaldes presentado por el anterior gabinete. Este proyecto confería al presidente de la República el nombramiento de los alcaldes y de los tenientes de alcalde en las capitales de departamento, de partido y de cantón, y á los prefectos el nombramiento de iguales magistrados en todos los demás municipios. Si un alcalde presentaba su dimisión ó era destituido, se le podía substituir por un individuo que no perteneciese al consejo municipal. Los prefectos disponían de la policía en las capitales de departamento, y los subprefectos en las cabezas de partido; los alcaldes podían dejar de disponer de ella en los pueblos, si así lo mandaba el prefecto; en cambio los gastos de policía podían ser inscritos de oficio en los presupuestos municipales. Los inspec-

tores y los agentes de policía eran nombrados y destinados por el prefecto.

Aprobar semejante proyecto de ley, era olvidar no sólo los principios profesados durante el Imperio, sino que también los traducidos en leyes durante el gobierno de Thiers y cuando la insurrección de la *Commune* obligaba á simular simpatías por las libertades municipales y por la descentralización. Desde el día en que la derecha llega al poder, todas sus veleidades descentralizadoras desaparecen. Los legitimistas más intransigentes olvidan sus cargos contra el septenio y contra su inventor, como olvidan sus declaraciones contra el Imperio autoritario desde el momento que se trata de hacer frente á los republicanos.

El día 8 de enero, día de la reapertura de la Cámara, el marqués de Francieu pidió el aplazamiento de la ley sobre los alcaldes. Este diputado de los Altos Pirineos, que se había adherido al *Syllabus*, era partidario de la monarquía á todo trance, poseído de lo que se llamó «locura blanca,» atribuía el fracaso de la restauración á la acción del centro derecho y perseguía con implacable odio á todos los que consideraba como inspiradores de la política tortuosa de este grupo parlamentario.

Habiendo escaso número de diputados el día de la reapertura, la izquierda aprovechó esta circunstancia para pedir el aplazamiento de la ley que el gobierno rechazaba, y lo obtuvo por 268 votos contra 226. Como la votación había sido secreta, no se supo cuántos miembros de la extrema derecha comprendía esta mayoría. El caso era que se había derrotado al gobierno y el gobierno presentó su dimisión al presidente de la República. Al publicar las dimisiones en su número del 9 de enero, el *Diario oficial* añadió estas palabras: «El señor mariscal les ha hecho saber (á los ministros) que no se decidía á aceptarlas (las dimisiones) por ahora y se reservaba el deliberar sobre ellas. Los ministros conservan la dirección de sus departamentos respectivos hasta la decisión del señor mariscal.» Esta nota extraña, en que se había evitado el pronunciar el nombre de República, como para calmar á la extrema derecha y perpetuar el equívoco, fué seguida de largas conferencias entre los miembros disidentes de la mayoría y el jefe del Estado. Las seguridades que les fueron dadas pusieron fin á su oposición, y, el 12 de enero, después de una interpección concertada entre el Sr. de Kerdrel y el gobierno dimisionario, la Asamblea nacional, por 58 votos de mayoría, votó una orden del día de confianza en favor del duque de Broglie y de sus colegas.

El duque de Broglie se había limitado á decir, en contestación al Sr. de Kerdrel, que el estado actual de los municipios no podía continuar sin un peligro real para la regularidad de la administración y para la sinceridad de la responsabilidad ministerial. Un discurso muy concreto de Ernesto Picard puso la cuestión en su verdadero terreno y obligó al vicepresidente del consejo á subir de nuevo á la tribuna. Recordando la agitación monárquica de la época de las vacaciones parlamentarias, el orador de la izquierda había encerrado al ministerio en este dilema: «O tuvisteis conocimiento de la empresa monárquica ó la ignorasteis; si la ignorasteis, habéis dado una prueba de poca perspicacia: si tuvisteis conocimiento de ella y la secundasteis, no podéis con-

tinuar siendo ministro de un régimen que es la negación de la monarquía.» Según el orador, la vuelta de los ministros dimitentes al poder no era propia para evitar las crisis ni tranquilizar al país. La Francia no comprendería que los complacientes de las tentativas de restauración monárquica estuviesen justamente encargados de imponer á todos los partidos una abdicación de siete años. Si el septenio tenía la pretensión de ser un gobierno serio y sincero, debía hacerse representar por ministros ajenos á toda secreta intención dinástica. «No he solicitado la orden del día de confianza, declara el duque de Broglie, y los que nos disputan las demeraciones de esa confianza son los que no nos la dieron nunca.—La tuvisteis, replica Ernesto Picard, puesto que representasteis á la República en Inglaterra.» ¿Qué podía contestar el duque de Broglie á esta réplica? ¿Que había consentido en representar á la República en Inglaterra para desacreditarla? ¿Que solo permanecía en el poder para retrasar su establecimiento? Eligiendo esta segunda alternativa, trató de demostrar que los que defendían ahora la prorrogación eran precisamente los que antes habían votado contra ella, y que los que, como él y su colega el Sr. Depeyre, la defendieron desde un principio, eran los únicos que conocían la verdadera naturaleza de la misma. La prorrogación, además de su carácter legal, tiene un carácter moral; es una gran tregua entre los partidos, porque «el soldado que nos gobierna, decía el vicepresidente del Consejo, tendrá el honor de apaciguar nuestras discordias, con la sola fuerza de su autoridad moral y de la integridad de su carácter.—No impediréis, contestó Raul Duval, que el país se pregunte si ese poder septenal es algo más que una ficción, una apariencia que se desvanecerá el día en que se crea poder restablecer la monarquía.» Así lo entendía la mayoría de la asamblea, y la habilidad del duque de Broglie consistía en dar, del poder septenal, una definición tan ambigua que todos los partidos de la monarquía pudiesen adherirse á él.

En 11 de enero, el periódico del conde de Chambord, *La Unión*, había precisado las condiciones del concurso que la derecha extrema consentía aún en prestar al gabinete. En la entrevista de sus jefes con el mariscal, entrevista en que la teoría del septenio impersonal, sostenida por los duques Decazes y Audiffret-Pasquier, había sido enérgicamente combatida por la derecha, se había convenido que no se haría «de la *septennialidad* un dogma nuevo.» Tranquilizada por las explicaciones del mariscal, la extrema derecha había sido otra vez cómplice de los equívocos cuidadosamente mantenidos «por los directores del centro derecho.»

Pero desde el día siguiente se vió muy claro que desde el momento que se descubriesen los verdaderos caracteres del septenio, desde el momento que los monárquicos sinceros se diesen cuenta que se quería «hacer esperar al rey siete años á la puerta del septenio,» el duque de Broglie se quedaría solo, con los que no habiendo podido restaurar la monarquía, no tendrían más política que impedir la constitución de la República.»

Fuera de la asamblea, el gabinete no ejercía acción alguna contra las manifestaciones de los bonapartistas, quienes daban formidables gritos de «¡Viva el emperador!» en la escalinata de San Agustín, al salir de la mi-